

SERES KRISZTINA

LAS IMÁGENES LITERARIAS EN ALGUNAS OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS

I. EL MISTICISMO ESPAÑOL

Para comprender mejor los valores literarios en las tres obras más conocidas de Santa Teresa de Ávila: *Las moradas*, *Camino de perfección* y *Libro de su vida*, es necesario consagrar unas líneas al misticismo español y a sus mayores representantes.

En primer lugar hay que explicar el significado del misticismo. Podemos aproximarnos a este término a través de dos vías:

1. La primera es teológica y toma en consideración sólo el estado más elevado de la vida espiritual y dice que el misticismo es el conocimiento espiritual de la presencia de Dios. Para llegar a este estado hay que pasar por varios estadios.

2. La otra se relaciona estrechamente con la primera, pero hay que tener en cuenta las manifestaciones escritas de los que han tenido tales experiencias. Esta segunda vía estudia desde el punto de vista estético y literario las obras que tratan de alguna forma este tema.

En este breve estudio vamos a ocuparnos de la segunda vía.

Ramón Menéndez Pidal denomina al misticismo español „fruto tardío”.¹ Esta corriente religiosa aparece en casi toda Europa durante la Edad Media, en cambio en España, en esta época (con excepción de Ramón Llull) no había escritores místicos. Su antecedente es el ascetismo que no puede ser separado con un claro límite del misticismo. El misticismo y el ascetismo aparecen frecuentemente juntos. El florecimiento de la literatura mística española corresponde al reinado de Felipe II, o sea, a la Contrarreforma. Según algunos historiadores de la literatura española, entre las causas de la aparición del misticismo español hay religiosas y profanas a la vez. El misticismo comienza cuando la Reconquista termina. Esta larga guerra inspiró

sentimientos religiosos que prepararon el terreno para la nueva corriente. Además, las reformas de Cisneros también provocaron cambios dentro de la vida de la Iglesia, y éstos „encuentran su nueva manifestación en una literatura ascética”, según dice Sáinz Rodríguez. Entre las razones profanas encontramos las diferentes corrientes ideológicas y sentimentales, sobre todo neoplatónicas, y una gran influencia de los libros de caballerías, tanto en el lenguaje como en los ideales sociales. Según Helmut Hatzfeld „los ascéticos y místicos españoles, a impulsos de una profunda piedad subjetiva, son prácticamente los continuadores de la *devotio moderna* de Herph, Tomás de Kempis, Gerson y otros, y asimismo, los precursores, defensores y directores de aquella gran reforma católica que recibió su sello oficial en el Concilio Tridentino.”²

Para que se formara un misticismo verdadero no estaban presentes todos los elementos necesarios en las obras religiosas de la Edad Media. Estos elementos son:

- una noción de ascetismo que significa la preparación del camino hacia el misticismo,
- terminología exacta, y
- un idioma capaz de expresar las sutilezas.

El conjunto de estos tres elementos puede observarse en la época cuando la literatura mística alcanzó su florecimiento. Por eso pudo convertirse ésta en misticismo clásico.³

Un rasgo característico de esta literatura es que tiene un nivel literario y estético de alta calidad aunque no carece de elementos de la lengua vulgar. Su finalidad es dirigirse al pueblo con la intención de educarlo. Este deseo educativo, naturalmente, influye en el lenguaje empleado y en el modo de desarrollar las doctrinas teológicas. Todas las expresiones deben ser claras y comprensibles por medio de metáforas y símiles. Esto viene también del hecho de que en España siempre había una preferencia por lo concreto y no por la especulación o lo abstracto. Los españoles dicen de sí mismos que „La gente española propende a la acción” o „nuestra summa teológica y filosófica está en nuestro Romanero”. Esta preferencia por lo concreto y el rechazo de lo abstracto se manifiesta muy bien en los místicos españoles. Dice de ellos E. Allison Peers que „Son psicólogos muy prácticos, capaces de traducir sus experiencias en obras que se dirigen tanto a los muchos como a los pocos.”⁴ Aquí tenemos que añadir que la fe del místico es muy activa. Santa Teresa va de una morada a la otra, el viajero de la Noche oscura también sigue su camino hasta alcanzar su meta. El verdadero descanso para el místico es la unión del alma con Dios. Hasta que llegue allí siempre está en constante actividad.

Es difícil de establecer una clasificación entre los escritores místicos, ya que los que pertenecen al mismo grupo muestran una gran diversidad entre sí. Solían clasificarlos según las corrientes. Menéndez y Pelayo

hizo una clasificación en base a las órdenes religiosas y así habló de misticismo dominico, franciscano, carmelita, agustino y jesuita. Las razones de esta división fueron que los representantes de estas órdenes van heredando todas las tradiciones filosóficas y las formas literarias que caracterizan a su orden. Esta clasificación fue criticada por ser poco científica y demasiado amplia. La división por corrientes teológicas es más exacta y tiene una tradición cristiana medieval.

La primera corriente es la afectiva en la cual es lo sentimental lo que predomina sobre lo intelectual. Es muy importante para sus representantes la imitación de Cristo. A este grupo pertenecen los agustinos y los franciscanos.

La segunda es la corriente intelectual o llamada también escolástica, que quiere conocer a Dios por medio de la elaboración de una doctrina. Los dominicos conservan el sistema escolástico de Santo Tomás de Aquino. Los jesuitas cultivan más bien una literatura ascética que mística, sólo más tarde puede observarse la aparición de doctrinas místicas.

Los carmelitas hacen una síntesis de las dos escuelas anteriores, o sea, la afectiva y la intelectual, formando así la tercera: la escuela ecléctica o española.⁵

II. PRECURSORES DE SANTA TERESA

A los precursores de Santa Teresa no podemos considerarlos místicos porque en sus obras no tratan aún el „matrimonio espiritual”, es decir, la unión del alma con Dios. Ellos se caracterizan más bien por una tendencia mística, ya que hacen alusión a las vías de cómo llegar a la unión. En gran parte fueron franciscanos, aunque la figura más destacada, fray Luis de Granada, fue un dominico. Su obra semimística es *Memorial de la vida cristiana*. Gran admirador de la naturaleza, usa muchas imágenes que provienen de allí: claro de luna, noche estrellada o el mar. Esto último, junto con las tempestades y su calma, le revelan la ira de Dios, su poder de levantar y calmar tempestades. El único fin de su actividad literaria es llevar almas al cielo. El camino que conduce a Dios está descrito extensamente, pero habla más de las calidades de la mística que de la autoeducación.⁶

En las obras de los demás escritores, así como en la obra *Breve forma de confesar* de fray Hernando de Talavera, también encontramos rasgos característicos del estilo de la literatura mística: elocuencia, riqueza de metáforas y emoción.

Como la finalidad educativa está presente en este tipo de literatura espiritual, también se usan bastantes términos del lenguaje vulgar. Alejo de Venegas en su *Agonía del tránsito* también usa voces de la lengua vulgar, pero el estilo de su obra todavía queda rudo.

Uno de los primeros escritores que menciona „jornadas” o estadios de la vida mística es Alonso de Orozco en el *Vergel de oración*. Hay que mencionar a fray Francisco de Osuna y su *Tercer abecedario espiritual* porque este libro figuraba, con otros, entre las lecturas de Santa Teresa. En este libro distingue cuatro „jornadas” de la vida mística, de las cuales la superior es la contemplación de Dios. La obra de fray Bernardino de Laredo, *La subida al Monte Sión*, también describe los altos estadios de la oración. En ella el autor habla de los estadios con la seguridad de la experiencia propia. Su estilo no es muy refinado, a veces presenta oscuridad. Un escritor muy diferente a Laredo es San Pedro de Alcántara, en su época muy leído y popular. Su *Tratado de la oración y meditación* está escrito en un estilo claro y comprensible para el pueblo.

III. LA OBRA LITERARIA DE SANTA TERESA

Las figuras más destacadas de la mística española son San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en 1515. Ingresó en la Orden del Carmelo a los 19 años. Fue una mujer de gran actividad; además de su producción literaria, fundó varios conventos de carmelitas descalzos renovando así la Orden. Durante estos años de fundación y reforma fue cada vez más lejos en la vida mística.

Ángel Valbuena Prat hace la distinción siguiente entre las obras de Santa Teresa: sus *Cartas*, los libros de circunstancias y los autobiográfico-doctrinales. Estas dos últimas categorías se entrelazan muy estrechamente.

Las *Cartas* tienen un valor filológico e histórico, representan estados vivos del alma.

Al segundo grupo pertenecen el *Libro de su vida*, que es una confesión íntima, pero al mismo tiempo una guía para los incipientes en la vida espiritual. Aquí pertenecen todavía *Camino de perfección*, *Libro de las fundaciones* y *Libro de las relaciones*. *Camino de perfección* también deja de ser un libro puramente circunstancial, y entra en el tratamiento de ejercicios ascéticos en los capítulos sobre cómo rezar el Padrenuestro.

Su libro doctrinal más importante es *Las moradas*. El rasgo más importante de su doctrina mística es la unión del recogimiento contemplativo y la actividad práctica: „Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos de la oración. (...) creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, no le hacer mal hospedaje no le dando comer.” La autora queda fiel a la tradición de la literatura mística española, es decir, no presenta largas explicaciones teológicas, sino hace alusión al caso bien conocido de Marta y María. Los nombres de las hermanas aparecen como metonimias:

en vez de expresar en una frase completa que „la actitud activa de Marta que se ocupó de dar a comer al Señor y la pasiva de María que se metió a sus pies y le escuchaba”, usa sólo los nombres, sólo una parte de la frase para aludir a la completa, y así contrasta dos actitudes que deben completarse. Sin embargo, la metáfora principal del libro que aclara el título es „un castillo de diamante y muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas.” (Moradas, I. cap. 1.) En esta metáfora „castillo” significa „alma”.

En la formación doctrinal y literaria de Santa Teresa tienen gran papel sus lecturas entre las cuales encontramos tanto los libros de caballería como las vidas de santos u otras obras que tratan la vida espiritual.

En el siglo XVI, como fruto de la reforma del cardenal Cisneros, se propagó el cultivo de la lengua vulgar. En esta época se tradujeron varias obras leídas también por Santa Teresa, como por ejemplo el *Tratado de la vida espiritual* de San Vicente de Ferrer o la vida de Santa Catalina de Siena. Aparte de las traducciones leyó libros escritos en su propia lengua, como el *Arte para servir a Dios* de fray Alonso de Madrid, el *Tercer abecedario* de fray Francisco de Osuna y el libro de Bernardino de Laredo, *Subida al Monte Sión*. Estas obras tienen importancia en el arte de Santa Teresa porque le ayudaban mucho en describir sus experiencias místicas para las cuales no había encontrado palabras.

Como muchas de las lecturas preferidas de la Santa fueron incluídas en Índice, ella quedó privada de sus libros. La causa de esta decisión fue que los libros escritos en romance llegaban a manos de la gente inculta que no podía comprender las doctrinas religiosas. Teresa empezó a escribir entre estas condiciones desfavorables y justamente por eso quiere presentar los temas „con claridad”. Sus obras van dirigidas a personas que no son conocedoras de la teología. Usa varias veces la expresión „creo que se llama así” cuando denomina algún fenómeno espiritual o concepto teológico. Según Víctor García de la Concha el objetivo de esto era explicar lo más simplemente posible sus experiencias poco corrientes y guiar a todo el mundo con buenos consejos hacia Dios.⁷

En su infancia, Santa Teresa leía muchos libros de caballería. Sobre las influencias de estas lecturas se podría hablar mucho, pero ahora contentémonos con la afirmación de Jeannine Poitrey: „Es verdad, si en algún libro se troqueló el estilo teresiano fue en estos libros de caballería. Fueron los únicos que leyó para aprender a redactar o a escribir. Más adelante leería otros de tema espiritual, pero no para aprender estilo, sino sólo para instruirse en cosas de espíritu. Sabemos que no sólo leyó con afán muchos libros de caballerías, sino que intentó remedarlos.”⁸ El remedo podemos verlo en un libro de caballerías que compuso con un hermano suyo a los dieciséis años. En cuanto a sus tres obras examinadas en este trabajo no podemos hablar de remedo, aunque sin duda alguna se pueden descubrir paralelismos entre los libros de caballería y las obras

espirituales de Santa Teresa. Los paralelismos residen en las imágenes usadas en sus libros y en la actitud del hombre falible, quien buscando a Dios y la perfección absoluta, él mismo también llega a perfeccionarse. El caballero debe demostrar su valentía a través de varias pruebas y, al final, encuentra la felicidad al lado de una doncella noble, digna de su amor. El cristiano también tiene que hacer algo muy semejante a eso: siempre tiene que resistir a las tentaciones e ir buscando de una morada a otra a su novio celeste. La gran diferencia entre las pruebas es que en el caso del caballero el enemigo es generalmente exterior, pero el cristiano tiene que luchar consigo mismo, es decir, que el alma que aspira a lo celeste, lucha con el cuerpo que la retira siempre al suelo. La autora se sirvió del gusto que existía en España por la caballería, queriendo mostrar un camino hacia la Verdad que el hombre siempre ha buscado, pero aquí en la tierra. Ella quiere explicar y demostrar que todo lo terreno es sólo „basura” sin la presencia del „Criador”.

Examinando las imágenes podemos observar que la autora usa muchas expresiones provenientes de la guerra. Estas palabras se encuentran también en los libros de caballería, pero no tenemos que olvidar que su padre y algunos de sus hermanos fueron soldados, y de esta manera ella tuvo la posibilidad de conocer las diferentes armas y accesorios militares. Usa varios términos que tienen que ver con las guerras y batallas, como por ejemplo en este párrafo: „¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della, a tan cobarde alcaide, que el primer combate de los enemigos los deja entrar dentro?” (Vida, cap. 18.) También aparece varias veces el „castillo”, que es importante tanto para el caballero como para el cristiano: es la residencia del caballero de donde sale para las pruebas y vuelve al final, y para el cristiano significa el alma, el „castillo interior” donde tiene que luchar contra las tentaciones y prepararlo para el novio celeste.

El análisis profundo de los sentimientos también es un paralelismo entre los dos géneros. Santa Teresa da la presentación clara y comprensible de sus visiones y da consejos prácticos a las monjas o a todos los que lean su libro. La obra literaria de Santa Teresa muestra la síntesis de varias fuentes. Acabamos de ver las influencias de la literatura caballeresca, pero existen varias opiniones extremas en cuanto a la inspiración y utilización de las imágenes. Unos dicen que todo es de su propia invención, lo que muestra su genio; según otros, ella no hizo más que asimilar todo lo leído: los libros sobre las vidas de santos, la Biblia y, con éstos, toda la tradición medieval y las lecturas de su infancia. La verdad está entre los dos extremos: ella y los demás genios escritores no sólo repetían lo heredado de la Edad Media, sino que lo transformaron de acuerdo con su personalidad y la época. Hay muy pocos casos donde uno pueda darse cuenta de que Teresa copia literalmente de las fuentes. Uno de éstos es la descripción de san Pedro de Alcántara, de donde ella aprovecha directamente

una imagen de *Las sergas de Esplandián*: el santo era tan flaco „que no parecía sino hecho de raíces de árboles.”⁹

Muchas metáforas e imágenes que a primera vista pueden parecer una simple reminiscencia de las fuentes, en una lectura más profunda podemos observar que son originales. Así es la imagen de la madre y el niño. Santa Teresa (y también los otros autores) la usan porque este tema puede ser desarrollado de varias formas. Lo original de Teresa es que ella hace no sólo un paralelo entre el amor de Dios y el amor de la madre que consuela a su hijo que llora dándole leche, sino que también el niño ya satisfecho recibe más sin buscarla. Esta comparación no la encontramos en ningún otro escritor que sirviera de fuente para la escritora.¹⁰

Los escritores religiosos se sirven muy frecuentemente del paralelo del matrimonio espiritual entre el fiel y Jesucristo. Esto viene de la tradición bíblica, del Cantar de los Cantares. Santa Teresa también lo utiliza, pero con las palabras de Helmut Hatzfeld „para ella estos conceptos no constituyen símbolos esenciales y necesarios, antes bien los somete a un genial proceso de acomodación o los omite.”¹¹ Ella hace distinción entre „desposorio” y „matrimonio”. El primero es sólo una ojeada a la Tierra prometida. Este estado a veces parece el purgatorio, donde el alma espera el encuentro definitivo con la Santísima Trinidad, la llegada del „verdadero Consolador”. Este encuentro sería el matrimonio espiritual, posesión permanente de Dios. Para explicar la revelación que el alma siente al encontrar a Dios, cuya presencia no siente siempre con la misma fuerza, la Santa usa el símil siguiente: „Digamos ahora cómo una persona que estuviese en una muy clara pieza con otros, y cerrasen las ventanas, y se quedase a obscuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí.” Esta comparación es muy original, constituida por elementos cotidianos que hacen posible que todo el mundo pueda comprender la diferencia sutil entre estos dos conceptos.

Para sus explicaciones, la autora toma términos para las explicaciones de la naturaleza. Así por ejemplo, el agua, que es necesaria para la vida. Hablando de los que no pueden hundirse en la oración dice: „porque me parece son como unas personas que han mucha sed y ven el agua de muy lejos y cuando quieren ir allá hallan que alguien les defienda el paso al principio y medio y fin.” (Camino de perfección, cap. 21.) En otros casos ella misma advierte la reminiscencia del Nuevo Testamento, cuando Jesús le ofreció a la samaritana el agua viva. Naturalmente es imposible enumerar todas las ocurrencias de este símil en este breve trabajo.

En vez de decir „alma”, muchas veces utiliza „mariposica” o „paloma”. El segundo término es bastante común en la tradición cristiana, pero el primero es de Santa Teresa. Los dos simbolizan la posibilidad de desatarse del mundo terreno y la capacidad de volar por las alturas. Además de esto, la mariposica representa de una manera muy fiel la

transformación del alma en el camino hacia Dios. El gusano se convierte en crisálida y ésta en mariposica. Teresa usa con frecuencia el diminutivo que le presta a sus escrituras una ternura, como en el caso de „mariposica” o „encarceladita”. En otros lugares quiere darle un matiz despectivo a lo escrito: „unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecusión se pierden estas florecitas. (Vida, cap. 25.) El uso del diminutivo es muy ingenioso en sus obras, aunque a veces parece un poco extraño, como por ejemplo hablando de „agravuelo”.¹²

Santa Teresa dominaba perfectamente su lengua materna. Su estilo se caracteriza por la lengua popular de Castilla, sencillez y claridad en la expresión. Aunque en muchas ocasiones la sintaxis de las oraciones es descuidada, la frase no por ello pierde en claridad.

IV. CONCLUSIÓN

Se discute mucho sobre las influencias que pueden aparecer en las obras de los autores místicos. Hay historiadores de la literatura que representan los dos extremos y hay quienes tratan de encontrar la verdad en el medio.

Al primer grupo pertenece Jean Baruzi, que dice que los autores místicos „descubren sus símbolos decisivos independientemente de las condiciones históricas.” Esto significa que las expresiones e imágenes utilizadas por San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila o los otros autores místicos de alta calidad literaria, son experiencias espirituales que podían ser vividas por otros místicos también, pero ellos no podían darle una forma literaria tan bien lograda. Sobre esta teoría dice Helmut Hatzfeld que esto puede coincidir con las propias ideas de algunos místicos, como por ejemplo las de Santa Teresa quien a veces cree descubrir sus „sorprendentes símiles”. Pero en otro lugar ella misma añade que tal vez los haya leído en algún lugar.

En el otro extremo está Gaston Etchegoyen. Él expone en su teoría que todas las metáforas y toda la producción mística española „pueden explicarse como una fusión sintética de diferentes formas más antiguas. De esta manera se supone que todas las metáforas de Santa Teresa son exclusivamente resultados de símiles españoles o latinos más antiguos, provenientes de escritores ascéticos que Santa Teresa conocía.” Etchegoyen comete un gran error cuando no hace distinción entre los adornos secundarios y las metáforas y símbolos que ayudan a comprender las experiencias místicas y por eso son muy importantes. Además él no toma en consideración los demás elementos que han podido influir en el arte de Santa Teresa.

Dámaso Alonso opina que muchos elementos del simbolismo místico español se derivan de la poesía profana, popular o culta.

Hay que mencionar a Ramón Llull quien, con sus obras, sirvió de puente entre la literatura española y árabe.

Todo esto demuestra que la mística española tiene un carácter ecléctico porque ha heredado elementos de la Edad Media, del Occidente y del Oriente.¹³

La herencia ecléctica se nota también en las imágenes de Santa Teresa. Si pensamos en los libros que le servían de fuente, podemos encontrar una gran variedad de géneros: hay novelas caballerescas con fines de divertir a los lectores, literatura hagiográfica para educar y obras teológicas y sobre la vida espiritual para instruir a los fieles. Estos géneros tienen su propio sistema de símbolos, metáforas, símiles y paralelismos. El espíritu creativo del autor se manifiesta en cómo usar estos sistemas y cómo recrear mezclándolos con sus propias invenciones. La originalidad de las imágenes de Santa Teresa tiene dos rasgos: el primero es que ella sabe asimilar, adaptar y presentar las imágenes tradicionales de manera como si fueran inventadas por ella misma; el otro es que sabe crear imágenes que representan claramente sus ideas. Las imágenes de sus tres libros más conocidos se componen de elementos cotidianos y se describen con palabras simples y populares. La simplicidad y el uso de términos populares no disminuyen, sin embargo, su valor literario. Al revés, es capaz de aclarar con palabras simples y con exactitud los diferentes estadios del espíritu en su camino hacia Dios.

También caracteriza a las imágenes de Teresa el gusto por lo concreto. Hemos visto que el misticismo español, y no sólo el misticismo, sino toda la literatura española, muestra preferencia por las descripciones concretas, comprensibles, casi tangibles. El talento literario de la autora se presenta en realizar una tarea tan difícil como describir sus experiencias que son desconocidas y abstractas para la mayoría de la gente. Santa Teresa logró hacerlo bien con imágenes creadas por ella misma o alusiones a imágenes bíblicas en las cuales aparecen todos los recursos literarios: comparaciones, metáforas, paralelismos, personificación, metonimia, etc. Las imágenes son el eco fiel de su rica creatividad. Su lectura no fatiga, siempre es capaz de sostener la atención, no exige conocimientos previos. Sus obras educan sin carácter didáctico y deleitan a todos los que las leen.

Referencias:

1. Ramón Menéndez Pidal: *Mis páginas preferidas*. Temas literarios. Edit. Gredos, Madrid, 1957, p. 208.
2. Helmut Hatzfeld: *Estudios literarios sobre mística española*, 2ª edición, Edit. Gredos, Madrid, 1968, p. 23.
3. Helmut Hatzfeld: *op. cit.* pp. 19-20.
4. E. A. Peers: *El misticismo español*, Colección Austral, 1947, p. 56.
5. Alborg: *Historia de la literatura española*, tomo I, pp. 870-872.
6. E. A. Peers: *op. cit.* pp. 21-35.
7. Víctor García de la Concha: *El arte literario de Santa Teresa*, Edit. Ariel, Barcelona, 1978, p. 158.
8. Jeannine Poirrey: *Vocabulario teresiano de Vida y Camino de perfección*, Service de reproduction des theses, Université de Lille, 1977, p. XII.
9. V. García de la Concha: *op. cit.* p. 51.
10. R. Menéndez Pidal: *op. cit.* p. 213.
11. H. Hatzfeld: *op. cit.* pp. 225-226.
12. R. Menéndez Pidal: *op. cit.* pp. 205-206.
13. Alborg: *op. cit.* pp. 872-875.